



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

AÑO III 4 de enero de 1890 Núm. 114



A LA ORILLA DE LA MAR



## UN RATO DE CHARLA

**P**UESTO que no hay más remedio, hablemos de eso.

Me fui á casa de mi Galeno, hombre que habla por los co-dos, para que me proporcionase algunos datos, y hé aquí, en suma, lo que recuerdo de nuestra *interview*.

En un principio se llamó á la pejiiguera en cuestión *dengue, trancazo, gripe, influenza*. Después se dijo que una cosa era el dengue y otra cosa la gripe, y que lo que había aquí era la gripe y de ninguna manera el dengue; pero á última hora han salido algunos diciendo que la epidemia actual es de dengue, si bien hay casos de gripe. *Non est mihi tantas componere lites*.

El Galeno me dijo que él había visto casos que le parecieron de gripe, pero que había muchos más que le parecieron de dengue. (Creo que mi médico es denguista.)

Fundábase en que ha visto los susodichos enfermos con todos los síntomas del verdadero é inequívoco dengoso: invasión brusca, gran calenturon, náuseas, cólicos, aliento desagradable; dolores de cabeza, de pecho, de espaldas, de brazos ó de piernas; erupción (algunas veces) en los pómulos ó en las muñecas, muy fugaz; y todo eso sin la menor tos ó expectoración, es decir, sin los síntomas peculiares á la gripe.

Había leído además mi Hipócrates, en no sé qué revista, *en el mes de agosto*, un artículo de un médico francés residente en Beyruth sobre la epidemia de dengue que reinaba á la sazón en Siria, y pronosticaba muy seriamente que no tardaría mucho en invadir á la Europa.

*Causas*.—El doctor dijo que no se atrevía á pensar nada sobre el particular: inclinóse, sin embargo, á suponer se trataría de una enfermedad microbiana. En cuanto á la manera de transmitirse, echó la culpa á los ferrocarriles y vapores, fijándose en que, transportado á Salónica, cabeza de línea de los ferrocarriles de Oriente, el dengue irradió desde allí con los trenes de viajeros por todo el trayecto de las líneas.

*Historia*.—Parece que el dengue se vió por primera vez en Rangoon en mayo de 1824, desde donde se trasladó á Calcutta. Se ha visto en las Baleares. En 1865 estalló en Cádiz.

*Profilaxis*.—El doctor Sparrow (que me figuro debe ser un hombre como un espárrago) aboga por el aislamiento y secuestración de los enfermos, suponiendo que el dengue es trasmisible. Yo creo que el doctor Sparrow sería muy capaz de proponer se le pusiesen unas puertas al campo.

*Ocurrencias de mi doctor*.—El Remington de quien hablo intentó, aventurar la especiota de que el dengue puede transmitirse por una especie de sugestión *inconscia*, como dice pedantescamente.



Lo más particular de todo eso es que el dengue es una enfermedad propia de los climas tórridos, y, sin embargo, se ha estado divirtiendo en Rusia y ha aprovechado el invierno para no dejarnos comer tranquilamente el pavo. Verdad es que también son de aquella zona el cólera y la fiebre amarilla.

El dengue se padeció en Port Said en 1871, recibiendo allí el



Las castañas

nombre de *fiebre de los dátiles*, por haberse presentado en la época de la recolección de dichos frutos. Otros afirman que en el Bajo Egipto el dengue ha tomado carta de naturaleza ya desde 1779.

*Pronóstico.*—Muy benigno. En Emirna hubo 100,000 casos y sólo se registraron dos defunciones.

Del tratamiento no me quiso decir nada, fundándose en que no debían revelarse á los profanos como yo los misterios de la terapéutica, y que, si me daba el trancazo, con mandarle llamar estábamos listos.

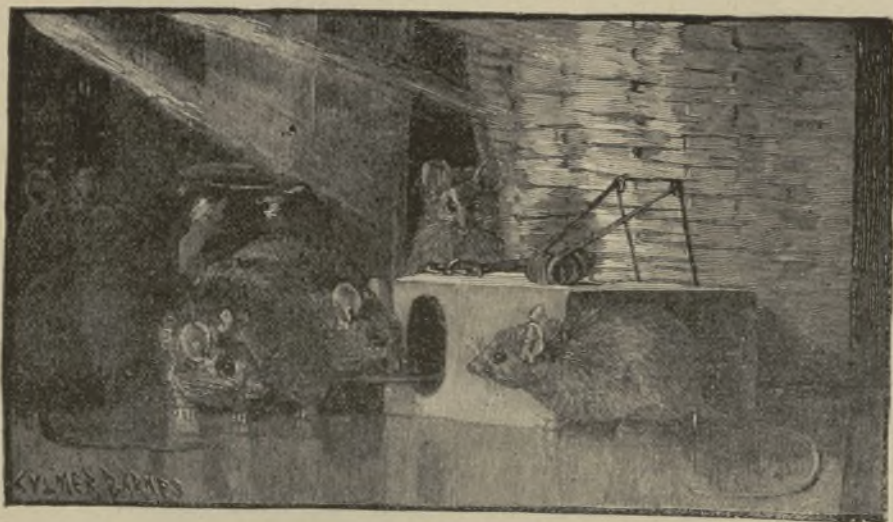
En cuanto á que el dengue fué el precursor del cólera, afirmó



que era un sofisma (el mediquillo ese se las echa de *lógico*), una necia aplicación del *post hoc ergo propter hoc*. «Es como si, porque el panadero sube cada día á tu casa se dijese que el panadero era mi precursor cuando te visito.» Me pareció muy bien que mi matasanos se comparara al cólera morbo.

Con lo cual me fui de casa de mi Galeno tan enterado, ó poco menos, como antes. Verdad es que al despedirme me *ilustró* nuevamente, diciéndome:

—Sí, Antoñito: no te quepa duda que es el dengue, *nuestro* den-



Fatones astutos

gue, el *trancazo*, la *fiebre colorada*, la *rosalia*, la *fiebre rosada*, todo en español; en español, como *pronunciamiento*, *embargo*, *aviso*, y otras palabras que nos han robado los extranjeros sin desfigurarlas... Los árabes le llaman el *padre de las rodillas*, los ingleses *quebranta huesos*, los rusos *infeccionitis pandémica*, los...

—Bueno; pero ¿V. sabe de qué viene?

—¡Ah! En cuanto á eso, ni miaja.

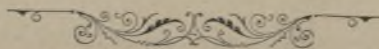
—Pues, entonces, no sabe V. palabra.

Y me fui dejando confundido al Berdan, que no había querido decirme qué pócimas recetaba contra el dengue.

Y aquí da fin la charla de hoy, deseándoos á todos feliz entrada y salida de año.

Vuestro afectísimo

ANTOÑITO







## AÑO NUEVO

EL año 1889 ha pasado ya á la historia. Al juzgar ésta sus principales hechos, como premio á la fecundidad de sus acontecimientos, tendrá que colocar su fecha entre las más brillantes de los años que han sido. En el trascurso de sus trescientos sesenta y cinco días nos ha sorprendido con sucesos dignos de duradera recordación. Prescindiremos de consignar sus errores (pues es poco generoso recordar los defectos de los que, á la par que éstos, han poseído grandes virtudes), y, como á sus rasgos más salientes, recordaremos la Exposición Universal celebrada en París, conjunto de prodigiosas maravillas, que ha ofrecido á la admiración del mundo la obra atrevidísima de M. Eiffel; el descubrimiento del célebre explorador Stanley, cuya suerte se ignoraba hacía algún tiempo; y la solución del laberíntico problema de la navegación submarina, satisfactoriamente resuelto por el Sr. Peral. Como resultado del continuo agetreo de sus viajes, parece que los soberanos del Norte consideran asegurada la paz de Europa; el Brasil ha cambiado su forma de gobierno; Portugal tiene un nuevo rey; y en España continuamos sin novedad, bien que nos basta con las novedades antiguas para no apetecer otras modernas.

Trazado el resumen del año pasado, efecto quizá de los deslumbramientos que su recuerdo aviva en nuestra imaginación, el año que nace se nos presenta entre arreboles de esplendorosísima luz. Y no puede menos de ser así: el año empieza y acaba entre fiestas alegres y animadas; fiestas que al separarnos de nuestras costumbres normales nos conducen al más seductor optimismo. Navidad con la perspectiva de su premio gordo y sus fiestas gastronómicas, Año Nuevo con sus agüinaldos, y el día de Reyes con la esplendidez de los Magos, nos persuaden por unos días de que realmente los hombres nos quejamos por vicio y de que somos más felices de lo que merecemos. ¡El porvenir! ¿Quién se apura hoy por descifrar lo que puede ocurrir en el trascurso del año que empieza? Estamos á día 4: mañana es la gran noche. De ahí que el pensamiento y la atención no pasen ya más allá. ¡Noche de Reyes! ¡Qué estudiar los padres las pretensiones de los hijos! ¡Qué ambicionar los niños los juguetes más hermosos que han visto expuestos en los escaparates con el fin de llamar su atención! Porque ello es que aquí no pasamos de los juguetes: por grandullón que un niño sea, se cree con derecho á pretender un inocente pasatiempo, aun siendo éste una bicicleta, un velocipédo ó algún otro chirimbolo por el estilo. Francia, Alemania, Suiza y los Estados Unidos nos surten de juguetes para contentar á todos los niños. En cambio sería de ver los juguetes que en la noche de Reyes se expenden en dichas naciones: á buen seguro que las cuatro juntas no consumen la cuarta parte de los que se venden en España.



Naciones eminentemente prácticas, buscan siempre el provecho y la utilidad en todas sus cosas; y si no agasajan á los pequeños con vistosas chucherías, propias sólo para achicarlos más, les forman en cambio hermosas bibliotecas, compuestas de libros instructivos, bellamente ilustrados, y escritos al alcance de su tierna inteligencia. Por ese medio se familiarizan los niños con el estudio, se desenvuelve insensiblemente su inteligencia, predisponiéndoles á ser á su día algo más que eco de repetición de lecciones apresuradamente aprendidas, y retenidas violentamente en la memoria sólo para salir del paso si



Las ardillas

el profesor pregunta en el acto de asistir á la clase. Así son la inmensa mayoría de los niños. Con que tengan los libros del colegio, ya no ambicionan tener más; con que se hayan aprendido algunas contestaciones, sin fijarse las más de las veces en la pregunta á que deben contestar, ya se creen los más sabidos y leídos de sus condiscípulos y acreedores á la nota mejor. El mal viene de lejos, y no desaparecerá en tanto no se estimule vuestra afición al estudio y á la lectura, en tanto lo impreso se considere como objeto verdaderamente superfluo, cuando no inútil y de prescindible utilidad.

Yo me alegraré infinito de que los Reyes se porten espléndidamente con vosotros la noche de mañana, y más todavía de que, penetrando algo de la luz de Oriente en la inteligencia de los Magos, tengan el debido acierto en agasajaros cuidando de unir lo útil á lo bello, ya que sólo en lo útil podemos prometernos seguros y eficaces resultados, que es lo que en todas las cosas hay que buscar.

ROSICLER



## LAS GACHAS

**G**ASPARILLO era un pilluelo de trece años que andaba por los caminos á pie descalzo, sucio y andrajoso, viviendo ya del hurto y la rapiña, ya de la buena voluntad de los viandantes caritativos, que á veces le favorecían con sus limosnas; durmiendo en los pajares, vagabundeando por campos y aldeas, sin memoria del pasado, incierto del porvenir y despreocupado del presente.

Pasábase los días ora andando y cantando, ora tumbándose á la bartola sobre el mullido césped, ora haciendo rabiarse con sus cuchufletas y travesuras á los pastores y arrieros, cuyos perros habían más de una vez dejado impresa en las piernas de Gasparillo la huella de sus dientes.

Cuando el hambre le acosaba, solía nuestro pilluelo pedir un pedazo de pan al viandante, ó despojar de su fruto al árbol de la huerta, ó hurtar algún conejo ó gallina en el abandonado corral de la vecina granja.

Una tarde de otoño, á la hora en que el sol comenzaba á abandonar la tierra á merced del fresco y de las sombras, Gasparillo sentóse fatigado á la orilla de un camino, sintiendo en el estómago los espasmos del hambre, y entumecimiento del frío en sus mal abrigados miembros.

No había probado bocado en todo el día, porque los campos estaban desnudos ó marchitos, los árboles no presentaban más que ramas deshojadas, y sarmientos mondos y lironchos las vides de las viñas. Si á esto se añade el soplo de un cierzo que, acardenalando la piel, abría el apetito, se comprenderá al instante la apurada situación de Gasparillo.

Pero él no se arredraba por tan poco, pues ya en más de una ocasión había salido de mayores aprietos en que la necesidad le acorralara.

Tendió una mirada en torno, y allá á lo lejos, en un alto del camino, vió alzarse un campanario, y al pie de éste, como ovejas agrupadas enfrente del pastor, una piña de casitas blancas que, vistas desde donde se encontraba el pilluelo, parecían estar haciendo pinitos para subirse á las barbas, esto es, á las campanas, del erguido campanario.

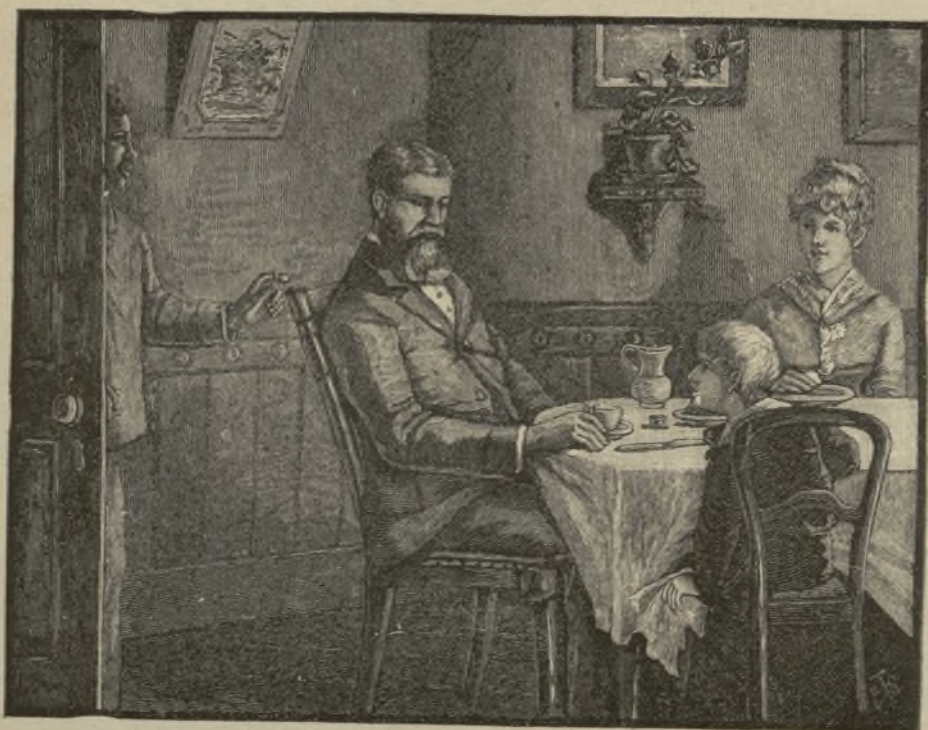


Las ardillas



Reflexionando Gasparillo, con muy buen acuerdo por cierto, que donde hay casas suele haber personas y que donde existen personas se come bien ó mal, sacudiendo los entumecidos miembros y reanimado ya con la esperanza de probar un buen bocado, enderezó sus pasos hacia la villa, la aldea, ó lo que fuese aquel poblado, dejándose guiar por el campanario, cuya altura no alcanzaban á ocultar, como la de las casas, las desigualdades del terreno.

El tal poblado, según pudo ver á la media hora Gasparillo, no era sino un



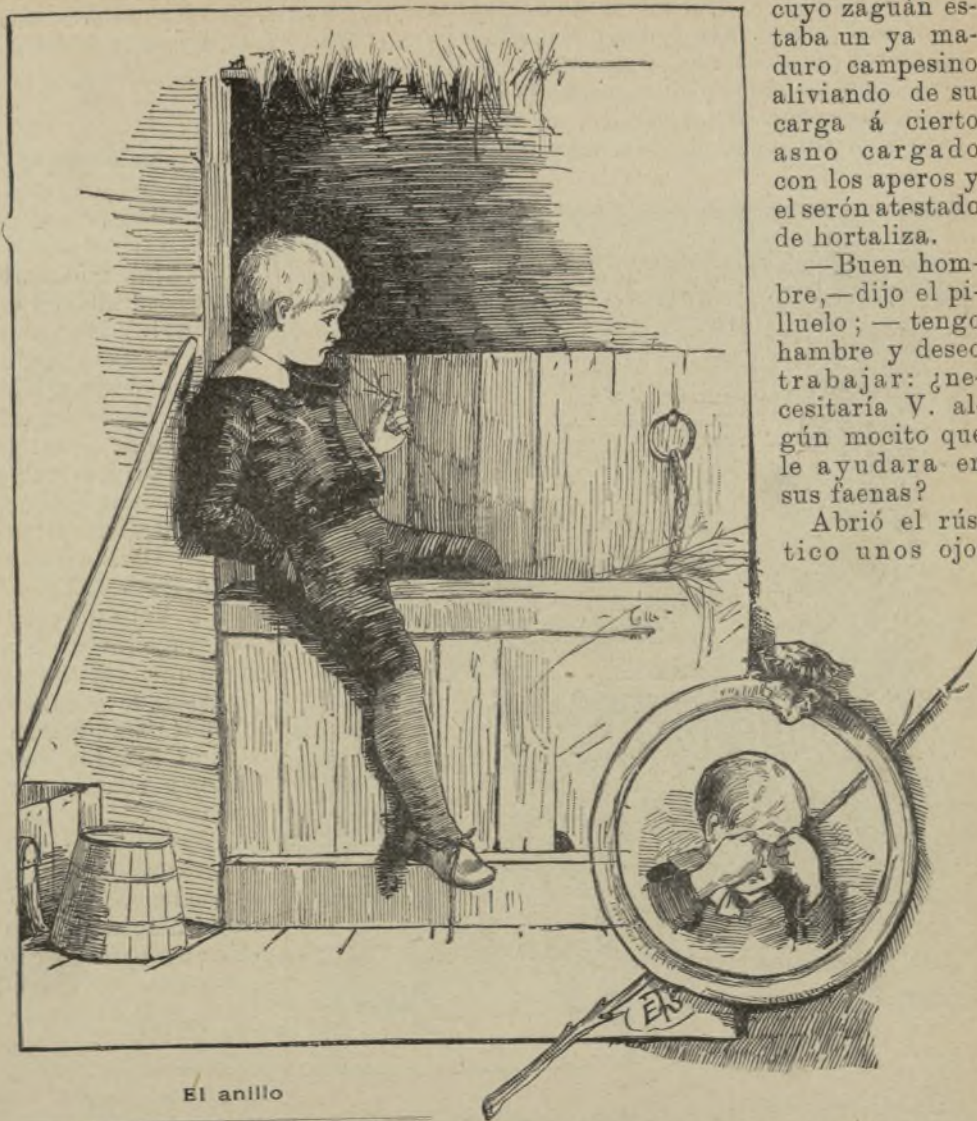
El anillo

villorrio de escasa población, compuesto de una plaza y de una calle, chicas ambas, sin empedrar y llenas de tropiezos.

No se desanimó, con todo, el buen pilluelo: antes al contrario, entrándose por el villorrio con el desparpajo de quien nada tiene que perder y con la travesura del ingenio aguzado por el hambre, comenzó á husmear de puerta en puerta, acechando la ocasión de apoderarse, sin ser visto, de algún ave ó cuadrúpedo masticable entre los varios que á tal hora pululaban por la calle; cuadrúpedo ó ave que, una vez cogido, ya luego él cuidaría muy bien de aderezar, con rústico asador, donde ningún importuno osara pedirle cuenta de su hallazgo, nombre con el cual bautizaba Gasparillo sus rapiñas.

Atisbando y husmeando, si no pudo cometer hurto ninguno á causa de las comadres que haciendo calceta ó mondando legumbres charlataneaban en la calle, y de los esposos, hijos y hermanos de las mismas, que regresaban de sus rústicas faenas, dióse de hocicos, ó poco menos, con la puerta de una casa en





El anillo

como puños, y, con el cabestro en una mano y en la otra una sarta de zanahorias, contempló un momento á Gasparillo. Ya iba á contestarle, cuando quitándole, según suele decirse, la palabra de la boca, una voz femenina, pero robusta, tronó en lo alto de la escalera:

—¡Quita allá, bribón! ¡No queremos mantener holgazanes con el sudor de nuestras frentes!

—Sé compasiva, mujer,—replicó el rústico;—acaso nos convenga el muchachuelo.

Y añadió, examinando de pies á cabeza á Gasparillo:

—¿Qué sabes tú hacer?

cuyo zaguán estaba un ya maduro campesino aliviando de su carga á cierto asno cargado con los aperos y el serón atestado de hortaliza.

—Buen hombre,—dijo el pilluelo;—tengo hambre y deseo trabajar: ¿necesitaría V. algún mocito que le ayudara en sus faenas?

Abrió el rústico unos ojos



—Sé cuidar de un asno como ese, quitarle y ponerle el aparejo, abrevarle y darle el pienso. Tengo buenas piernas para correr y trajar, mano lista y ojo alerta para entender y ejecutar cuanto se me ordene.

—No está mal, si es cierto, todo eso.

—A las pruebas me remito, mi amo.

—Si te contentas con dormir sobre las pajas, si no eres demasiado tragón y no te disgustan nuestras gachas...

—¿Gachas dijo V.?

Pues ¡si no comía otra cosa allá en mi pueblo!... En cuanto á lo de tragón, con no tragar sino lo que V. me sirva...

—Anda, pues: la noche va á cerrar y no conviene que nos encuentre desprevenidos. Desapareja el asno, llévale al pesebre y dale un pienso; arregla si hay algo que arreglar en el establo, y súbete después á la cocina, donde cenarás conmigo y con mi mujer.

Con la apetitosa esperanza de llenar el buche, Gasparillo no se hizo repetir la orden, que fiel y prontamente ejecutó en todas sus partes, subiendo luego á la cocina á reunirse con sus amos.



Abnegación

En el hogar ardía un fuego capaz de reanimar á un difunto. El fuego calentaba un caldero, dentro del cual, burbujeando, hervían unas gachas cuyo tufillo abrió, si cabe, más y más el apetito del incipiente mozo.

Gasparillo tomó asiento no lejos de la lumbre, al lado de su amo, mientras la mujer, refunfuñando y mirándole de reojo, meneaba las gachas con un cucharón de palo.

A nuestro pilluelo, silencioso y circunspecto como en misa, se le hacía agua la boca contemplando el cucharón.

—Ya están las gachas,—dijo de pronto la mujer.

—¡Ea! Pues á cenar,—respondió el labriego.

—¡A cenar, á cenar!—repitió, frotándose las manos, Gasparillo.

La mujer descolgó del vasar tres grandes platos de barro con sendas cucharas de palo, y llenólos de gachas que aderezó después con leche y miel;



pero llenólos de tal suerte y con tal desigualdad, que el primero contenía una cantidad de gachas suficiente para cualquier persona de mediano comer, el segundo contenía muchas más, y el tercero... ¡oh! el tercero formaba una masa tan alta y tan compacta, que trajo involuntariamente á la memoria de Gasparillo el campanario del villorrio.

Chispearon, al ver el enorme plato, los ojos del pilluelo, quien, aguijoneado por el hambre, hizo para cogerlo un instintivo movimiento.

—¡Alto ahí!—observó la mujer.—Es menester ganarlo según costumbre de la casa.

Gasparillo miró á su ama con ojos atontados.

—Sí,—añadió ella.—Ahí, sobre la mesa, están en fila esos tres platos. Cada uno de nosotros va á saltar desde lo alto de la escalera: al que más lejos salte se le adjudicará el plato mayor, el mediano al otro y al último el pequeño.

—¿Cómo así?—preguntó Gasparillo.

—Está muy claro, truhán: las personas necesitan alimentarse á medida de sus fuerzas: el que más salte...

—Será quien más alimento necesite: comprendido. Vamos, pues, á ello.

—Aguarda un poco: yo salto la primera, porque justo es dar la preferencia á las mujeres; luego salta mi marido, y después tú.

—Corriente,—repuso el pilluelo midiendo de un vistazo la escalera y el zaguán, que eran bastante reducidos.

—¡Una, dos, tres!—gritó el ama, mujer fornida y bigotuda.

Y rozando con las faldas los peldaños, se plantó de un salto al pie de la escalera.

—¡Una, dos, tres!—prosiguió el marido, yendo de otro salto, verdaderamente prodigioso, á caer junto al portal.

—Ahora me toca á mí,—profirió Gasparillo.—A la una, á las dos... ¡á las tres!

Y echando una mirada al plato grande, que junto con los otros dos humeaba sobre la mesa, dió tan terrible salto que, traspasando el portal, á riesgo de desnucarse, quedó plantado en medio de la calle.



Abnegación



—¡A mí, á mí me toca el mayor plato!—gritó ebrio de gozo.

Pero al ir á introducirse de nuevo en la casa para disfrutar del premio debido á su portentosa agilidad, el amo, que desde su respectivo salto no se había separado de la puerta, dióle con ella en los hocicos, murmurando:

—A otra puerta, niño, que no me hacen falta servidores á quienes el hambre preste alas.

Imposible fuera describir la estupefacción de Gasparillo. Como la Divina Providencia no abandona, sin embargo, á sus criaturas, tampoco faltó quien le socorriera aquella noche en el villorrio.

Y él aceptó el socorro reflexionando acerca de los inconvenientes que ofrecen la vida vagabunda y, sobre todo, el pasarse de listo en ciertas ocasiones.

JUAN TOMÁS SALVANY



## LOS DOS LABRIEGOS

Rendidos del cansancio del viaje al caer una tarde del estío, por una selva umbrosa y solitaria seguían dos labriegos su camino.

La fortuna ambos iban maldiciendo que á la pobreza condenarlos quiso, cuando de pronto sobre el blando césped encontróse uno de ellos un bolsillo.

—¡Es oro!...—dijo loco de contento mostrando al compañero el contenido de la bolsa.—¡Es dinero!... Me depara la fortuna la dicha de ser rico!...

Con el dinero éste que poseo, y que nadie negar puede que es mío supuesto que lo hallé, con opulencia voy á vivir desde mañana mismo.

Él me abrirá las puertas de la dicha, goces proporcionándome infinitos, mesa abundante, confortables trajes, lujosos trenes y otros atavíos.

—¡Desecha esa ilusión!—su compañero dijo después de oírle.—Ese bolsillo que has hallado no es tuyo, pues es lógico que alguno en esta selva lo ha perdido.

Por lo tanto, á poblado apenas llegues, debes buscar al dueño con sigilo, y en el caso que el tal no apareciera el oro que hay en él partir conmigo.

—¡Partir mi capital! Y ¿por qué causa?  
—Conmigo lo has hallado, y creo lícito que si su dueño al cabo no aparece á los dos el hallazgo nos dé alivio.

—¿Á los dos? ¡Te equivocas! Yo tan sólo del lugar donde estaba lo he cogido, y, pues la suerte lo puso ante mi paso, nadie puede, en verdad, negar que es mío.—

Disputando á la vez sobre el dinero siguieron los labriegos su camino; pero en lo más espeso de la selva sorprendióles el ¡alto! de un bandido.

—¡Ayúdame, por Dios, en este trance, porque, si no, los dos somos perdidos!—de súbito exclamó, de terror lleno, el infeliz labriego del bolsillo.

—¿Los dos?—repuso el otro.—Te equivocas. Tú eres sólo el que aquí corres peligro. Yo á nadie en este sitio temer debo, pues ningún capital llevo conmigo.—

Y después de decir estas palabras presuroso alejóse de aquel sitio, sin protección dejando al compañero, que asesinado fué por el bandido.

El que cuando la suerte le sonre sólo piensa, lectores, en sí mismo, en las contrariedades é infortunios nunca espere encontrar ningún amigo.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE





## —\* NUESTROS GRABADOS \*—

### Á LA ORILLA DE LA MAR

Toda la diversión de la niña Berta se reduce á ir á la orilla de la mar con su muñeca. Allí hace en la arena un hoyo para echarla, siéntase á su lado, y se pasa las horas muertas buscando conchas y piedrecillas. Una tarde, habiéndose acercado al agua más de lo que debía, llegó una ola y arrastró la muñeca hasta el mar. Berta lloró mucho esta pérdida, y no se consoló hasta que su mamá le compró otra *niña*, como ella decía.

### LAS CASTAÑAS

Así que se acerca el invierno los niños, con su cesta al brazo, corren en busca de las castañas, sin que les arredren el frío ni los vientos. Todos corren de un lado á otro precipitadamente, cual si quisieran competir en ligereza con las ardillas; y solamente la pequeña Felisa, que no tiene tanta fuerza como sus compañeros, solicita el auxilio de Ricardo, quien accede gustoso á complacerla, y, después de llenar su gorra de castañas, ofrécaselas á Felisa, quedando harto recompensado con las sonrisas de contento de la niña.

### RATONES ASTUTOS

En la guardilla de mi casa hay muchos ratones, pero nunca habían molestado, hasta que cierto día mi papá puso allí á secar un poco de trigo para plantarlo, observando á la mañana siguiente que no quedaban ni vestigios, por lo cual comprendió que había servido de alimento á los ratones. Entonces se puso una trampa, y en los dos ó tres primeros días cogieron algunos; pero en los siguientes hallóse siempre aquélla tumbada, siendo lo más singular que el cebo había desaparecido. Mi papá quiso ver cómo se manejaban aquellos roedores para sacar el queso sin quedar cogidos, y, habiéndose puesto en acecho cierta noche de luna, vió al fin á los ratones salir de sus escondrijos. El mayor de ellos se subió sobre la ratonera, la volcó, é, introduciendo el rabo hasta tocar la corteza del queso, acercóla al agujero de salida, y poco á poco sacáronla y se la repartieron como buenos hermanos. Ya no fué posible coger ningún otro ratón.

### LAS ARDILLAS

Cierta tarde, mi mamá, sentada en el tronco caído de un árbol, entreteníase en contemplar una ardilla que, bajando del ramaje de otro, detúvose á contemplarla. Desde aquel día aficionóse de tal modo á esta especie de animales, á causa de su gracia y viveza, que resolvió buscar alguno pequeño para guardarlo en casa. Con este objeto fué una mañana al bosque, y la casualidad quiso que al acercarse á un tronco hueco viese en el interior de éste un nido de ardillas. Como la madre no estaba allí en aquel momento, atrevióse á coger una y me la regaló. La he puesto en una bonita jaula, y nada me divierte tanto como verla saltar y comer.



## EL ANILLO

Narciso era un buen muchacho generalmente, pero algunas veces no podía dominar ciertos malos impulsos, y entonces era de temer alguna travesura de su parte. La tía de Narciso era muy aficionada á las sortijas, y siempre llevaba dos ó tres, una de las cuales llamaba mucho la atención del chico. Cierta tarde la tía debió salir, y dejóse olvidado sobre la mesa uno de los anillos que más gustaba á su sobrino. Este último lo vió, y, apoderándose al punto de la joya, púsosela en el dedo y fué á sentarse en el brocal del pozo para tomar el sol. Al extender la mano á fin de ver cómo llevaba el anillo, éste cayó al pozo, y, asustado el chico de su falta, corrió á esconderse en su cuarto. Cuando la tía volvió, inútilmente buscó la sortija, y al fin creyóse que alguien la había robado. Llegada la tarde, y cuando la familia estaba sentada á la mesa, entró de pronto el criado y preguntó si era de alguno una sortija que acababa de encontrar en el fondo del cubo al sacar agua del pozo. La tía reconoció al punto la suya, y, aunque Narciso no confesaba su culpa, su turbación le descubrió y fué debidamente castigado por su falta.

## ABNEGACIÓN

Amalia y Clotilde, la una de seis años y la otra de siete, tenían dos pollitos que ellas mismas habían cuidado casi desde que nacieron, por lo cual se comprenderá que les profesaban el mayor cariño.

Cierto día, sin embargo, como oyeran á sus padres hablar de una vecina que estaba muy enferma y carecía de todo recurso para tomar algún alimento, propusieron enviar sus pollos á la pobre mujer para que pudieran hacerle una olla de caldo. Semejante sacrificio era sumamente doloroso y debía costarles muchas lágrimas, pero no vacilaron en su resolución. Los pollos fueron enviados á la enferma, que los agradeció mucho, y los padres de Amalia aplaudieron sus caritativos sentimientos.

## «MAYOR»

Así se llama un magnífico perro de nuestro vecino, que llama la atención por su inteligencia.

Todas las mañanas se le ve con la colodra en la boca cuando va á buscar la leche, y no se ha dado el caso de que la vierta nunca. Cierta día su amo salió con la familia, dejándole para guardar la casa, sin que nadie se acordase de que el gatito no había comido nada aún. El pobre animal comenzó á mayar lastimosamente, y entonces *Mayor*, comprendiendo su necesidad, cogió el gatito por la piel del cuello, saltó á la cerca del jardín y dirigióse á la lechería, haciendo comprender á los dueños que llevaba el gatito para que le diesen algún alimento.







## EL MANZANO

(Conclusión)

—¡Mi bastón!—exclamó el Sr. Sincero.—¡Mi bastón!

Tarlton se puso blanco como la nieve. Loveit bajó los ojos. En cuanto á Hardy, miraba tranquilamente á su maestro y no parecía conmovido en manera alguna.

—Veamos: antes de castigar,—dijo el Sr. Sincero,—quizás se descubrirá algún indicio en la marca.

Y, mirando atentamente los cabos del pañuelo, dijo:

—J. T.

Todos los ojos se fijaron al instante en Tarlton, que, temblando como un azogado, se arrojó á los pies del Sr. Sincero y le pidió perdón.

—Por mi honor,—dijo,—voy á decírselo á V. todo. Nunca se me hubiera ocurrido la idea de robar las manzanas de ese señor si Loveit no me hubiese hablado primeramente de ello. En cuanto al veneno, Tomasín es quien me comprometió á ello.

Y, como el profesor vacilase en creerlo, añadió:

—¿No es verdad, Hardy? ¡Oh, señor director! ¡Perdóneme V. por esta vez! No soy yo el más culpable, pero deseo que me castigue V. á mí solo para que sirva yo de ejemplo á los demás.

—No quiero castigarle á V.

—¡Oh! ¡Gracias, señor director!—respondió Tarlton enjugándose los ojos.

—Pero tampoco quiero que continúe V. aquí. Recoja V. su pañuelo, suba V. al dormitorio, vístase V. y váyase. Si yo tuviese todavía esperanzas de volverle al buen camino, le conservaría,—añadió el doctor Sincero así que el alumno hubo salido;—pero no lo espero. El castigo sólo conviene á los que pueden volverse mejores. En cuanto á los que no tienen bastante corazón para salir de su estado de abyección, hay que aplicarles las palabras del Evangelio: «Si el árbol no vale nada, cortadlo y arrojadlo al fuego.»

A estas palabras Loveit y sus demás cómplices declararon que merecían se les tratase de esta suerte.

—¡Oh! Bastante castigados quedan con eso,—dijo el anciano.—Perdónenles V., señor director: se lo ruego á V.

Hardy unió sus ruegos á los del viejo.

—No perdono por que me lo pida V.,—dijo el Sr. Sincero,—por más que me inspira V. una gran veneración; sino porque hay entre esos niños uno que ha merecido una recompensa y estoy seguro de que no puedo darle mayor placer que otorgando la gracia de sus camaradas.



Hardy estaba radiante de alegría, dichoso al ver que todos los alumnos le atestiguaban su simpatía cordial.—Estoy cierto, mi querido Loveit,—dijo,—que sabrás aprovechar esa lección.

—Hijos míos,—repuso entonces el anciano con voz conmovida;—no es por el valor de mis manzanas por lo que he venido á quejarme, sino únicamente para arrancaros á una inclinación que tendría para vosotros las consecuencias más funestas. Hasta si me lo permitís plantaré en vuestro jardín, hoy mismo, un manzano semejante al mío, lo cuidaré por todo el tiempo que pueda, y cuando le veréis, cuando comeréis las frutas que produzca, recordareis á dónde el robo ha conducido á



«Mayor.»

vuestro mal camarada Tarlton. En cuanto á V.,—dijo á Hardy, cogiéndole las manos,—ruego á Dios le bendiga; y esté V. seguro, amigo mío, de que Dios recompensará á todos los buenos corazones como V.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal, Ancha de San Bernardo, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA